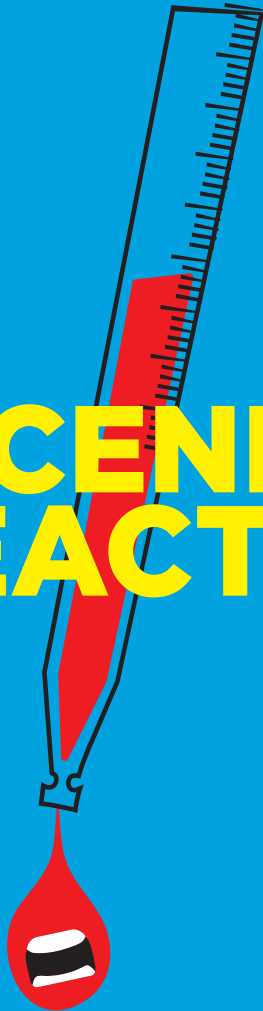


**Julián
Kanarek**

TRASCENDER EL REACTIVO

Concentración discursiva,
indignación y respuesta
en la democracia
contemporánea



DEBATE

TRASCENDER EL REACTIVO

DEBATE



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: octubre de 2021

© 2021, Julián Kanarek

© 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial SA
Colonia 950 piso 6. CP 11.100 Montevideo, Uruguay

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Printed in Uruguay – Impreso en Uruguay

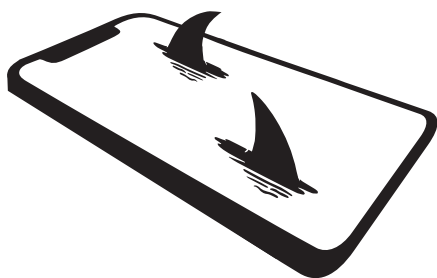
Diseño de tapa: Joaquín Rodríguez Frau

ISBN: 978-9915-664-24-8

Julián Kanarek

TRASCENDER EL REACTIVO

Concentración discursiva,
indignación y respuesta
en la democracia
contemporánea



DEBATE

A mis padres, a Manuela

Agradecimientos

Para quienes no estamos habituados, la tarea de escribir un libro requiere un gran aprendizaje que incluye todo lo estudiado para el texto pero también todo lo aprendido en los procesos de educación formal, así como en la práctica profesional. Ninguna de estas líneas sería posible sin maestras, profesores y profesoras, profesionales, colegas y clientes que me acompañaron y enseñaron en cada una de las etapas de desempeño personal, profesional y académico. A todos ellos y ellas gracias.

A todos quienes formaron parte de la elaboración de este libro con acompañamiento, charlas, consejos, recomendaciones, lecturas e ideas: Francisco Álvez Francese, María Eugenia Jung, Victoria Gadea, Facundo Ponce de León, Javier Mazza y Ana Laura Pérez. Al equipo de Ciudadana, especialmente a Milena Guillot y Nacho Vallejo, por bancar todo el tiempo que dediqué a estudiar, leer, escribir y corregir. A Joaquín Rodríguez Frau por el arte de la portada, que ilustra incluso mejor que las palabras lo que quiero decir.

A Penguin Random House, especialmente a Joaquín Otero y Julián Ubiría, por confiar y publicar este primer libro de un autor tan apasionado como principiante.

Este libro nace de la observación, de la práctica, pero sobre todo de lectura de autores a quienes respeto, de quienes aprendo constantemente. Las ideas aquí vertidas no son exclusivos razonamientos de este ciudadano devenido autor, sino de textos ajenos, amplios e inacabados de los que siempre me encuentro aprendiendo.

Finalmente, a Jimena y toda mi familia, por estar siempre que emprendo proyectos, por más diversos o desafiantes que sean.

Sumario

Agradecimientos	9
Prólogo	13
Describir la época	16
Una lucha global	19
Luchas nacionales	21
1. Conversación, medios y agenda	29
Evolución del sistema mediático	31
Caída de la confianza en los medios	35
Agenda y transferencia de relevancia	38
2. Construcción identitaria, contraste y polarización	43
Identidad por contraposición	45
Electoralización de los discursos	47
Identidad, polarización y medios	51
La oposición soy yo	52
3. Verdad y posverdades	59
La verdad en disputa	59
De verdad a posverdad	61
Incertidumbre, verosimilitud y verdad	62
De un universo objetivamente descriptible a verdades alternativas	64
Medios y posverdad	68
Democracias algorítmicas	73
Una tormenta perfecta. Crisis, incertidumbre y teorías de la conspiración	75
4. Provocación, reacción y concentración discursiva	81
Concentración del discurso	81
Las barreras de lo políticamente correcto	83
Hiperpersonalización de la política	85

Ya no sos tan <i>cool</i>	87
Funcionalidad	91
5. Trascender lo establecido	95
El centro, las derechas y la ultraderecha	102
Narrativas y relato	108
Narrativas y campañas	109
Oposición en alerta	112
Gobiernos a la defensiva	113
Retomar el timón	115
6. Democracias: causas, movimientos y discursos	117
Complejidad y relatos	120
Una antigua mirada de futuro: los partidos verdes	122
¿Una democracia paritaria o una democracia feminista?	124
Es —también— generacional	128
7. Vivir entre paréntesis	135
Una pandemia digital	136
Vivimos las distopías del pasado	142
Aceleración	144
Ni tan ideológicos ni tan pragmáticos	146
¿Amenaza a los populismos?	148
El Estado-nación: soluciones locales y consumos globales	150
¿Aprendemos, aprendimos?	153
8. El camino: trascender el reactivo	155
En busca de un rumbo: la felicidad como camino	155
Territorios de la utopía	158
¿Quién está pensando el futuro?	160
¿Impulsos utópicos?	166
La comunicación	172
Epílogo	175
Referencias bibliográficas	181

PRÓLOGO

Un joven Robert De Niro interpreta a Travis Bickle, excombatiente de la Guerra de Vietnam. Corre el año 1976. En una de las escenas que pasan a la posteridad él se pregunta, repite frente al espejo y en soledad:

You talkin' to me? You talkin' to me? You talkin' to me? Then who the hell else are you talkin' to? You talkin' to me? Well I'm the only one here. Who the fuck do you think you're talking to?

En tiempos de acaloradas discusiones en redes sociales, de debates interminables entre ciudadanos modernos, parece haber una dinámica que se repite, como la escena de *Taxi Driver*: la de hablar solos frente al espejo sin escuchar ni integrar el argumento del otro en el debate de turno.

Las redes generan la oportunidad de abrir nuestro espectro relacional, de posibilitar las discusiones (en el buen sentido

1 Traducción del inglés: «¿Me estás hablando a mí? ¿Me estás hablando a mí? ¿Me estás hablando a mí? ¿Entonces a quién carajo le estás hablando? ¿Me estás hablando a mí? Soy la única persona acá. ¿A quién carajo creés que le estás hablando?».

del término) entre todos y con cualquiera de los usuarios que integran nuestra comunidad. La cercanía digital entre ciudadanos comunes, su relación entre sí y la que entablan con marcas, instituciones, organismos y políticos o gobernantes es de una horizontalidad nunca antes vista. Esta posibilidad de debatir, de confrontar ideas, coloca a los usuarios frente a un otro virtual, muchas veces en las antípodas políticas, ideológicas o simplemente mundanas con cercanía, instantaneidad y en 280 caracteres, pero la nueva socialización trae consigo nuevas formas y nuevas consecuencias.

Una de las que más llaman la atención es el modo y la dirección que toman (o no toman) las discusiones en temáticas recurrentes, como el deporte o la política. Estos temas son parte de la conformación cultural de nuestras sociedades y configuran la agenda. Existe una falsa ilusión de debate propiciada y potenciada por los filtros burbuja, una dinámica que se desarrolla principalmente con base en tuiteros (a veces en posteos de Facebook) discutiendo sobre una temática de coyuntura. Todos lo hemos vivido: intercambios interminables que raramente logran generar siquiera un punto de acuerdo entre las posiciones vertidas.

Desde el punto de vista filosófico, lo que buscamos sería una síntesis, un desarrollo de conocimiento que integre y exceda ambas posiciones para lograr algo nuevo. Según Hegel (1946), «la tríada es una tricotomía, una gradación triple. Todo proceso de desarrollo [...] atraviesa por tres fases. La primera —la tesis— es negada por la segunda —la antítesis—, que a su vez es negada por la tercera, llamada síntesis (unificación), porque no sólo refuta a la antítesis, sino que reúne en sí de una manera nueva, los rasgos de ambas fases precedentes del desarrollo». Lo que sucede en las redes, al contrario, es que los usuarios hacen la parte argumentativa de la discusión,

pero sin concederle al otro la oportunidad de tener algún grado de validez en sus argumentos. Conocemos la tesis, la antítesis, pero pocas veces llegamos a una síntesis, al punto de que ni siquiera es una necesidad cognitiva, social o intelectual de estos tiempos el establecimiento de acuerdos o normas comunes de discusión y acumulación entre integrantes de la sociedad con posiciones distintas.

Si se discute con alguien de quien ya se conocen las posturas sin darle la posibilidad de convencer, ¿con quién se está hablando realmente?

Una respuesta posible, no intencional, es que estamos usando al otro como forma de reafirmar posiciones propias frente a quienes opinan igual. Un sesgo y una confirmación. Es una manera de mostrarle a «la tribuna» la capacidad de interlocución y lo equivocado que ese otro, individual o colectivo, está. La dinámica virtual confirma hoy ese enorme riesgo que es fomentar los fanatismos y aumentar la violencia de las discusiones. Pero además se renuncia a toda posibilidad de persuasión, se aleja más al otro, en vez de acercarlo con argumentos. El debate político o social es un instrumento necesario para la democracia, pero debería enriquecernos, debería elevar el nivel de las causas para integrar elementos de ambos bandos que vislumbren soluciones de continuidad. Una síntesis.

Si al hablar solo gritamos nuestros argumentos sin escuchar los del otro, nos va a pasar lo que a Travis Bickle. Y cabe preguntarnos si le hablamos a alguien más o si nos estamos hablando a nosotros mismos: *Well I'm the only one here. Who the fuck do you think you're talking to?*

Describir la época

La época en que se escribe este libro no podría tener más señales de pesimismo y alarma social. Democracias en peligro, crispación social, una pandemia, crisis económicas o migratorias son solo algunos ejemplos de los desafíos que enfrenta el mundo. Un somero repaso de los títulos de los autores a los que acudo para comenzar estas líneas describe con claridad el momento emocional de las sociedades actuales. Palabras como *miedo*, *incertidumbre*, *enemigo*, *enfrentamiento*, *degradación*, *golpes*, *mentira* y *perplejidad* son comunes a la hora de elegir la manera de representar esta época.

Vivimos en un mundo en el que la crispación es la regla, la discusión es hábito y los diálogos constructivos son una rareza. Esta característica del tipo de interacciones con las que nos vinculamos los ciudadanos entre nosotros y con la política, así como los políticos entre ellos y con los medios, es consecuencia de un momento social en que el diálogo no tiene rédito electoral. La sensatez tiene poco marketing y la moderación, pocos defensores.

Esta forma de interacción social proviene de una larga degradación del debate público y encuentra como combustible diario el formato en el que se inscriben las relaciones modernas, edificadas principalmente alrededor del universo digital. Las redes sociales están diseñadas algorítmicamente para retenernos la mayor cantidad de tiempo posible y para ello han encontrado en la polémica, el debate y la crispación una dinámica funcional a su negocio. Es tan grande la amenaza de que los diseños algorítmicos de nuestras relaciones sociales marquen el ritmo de las democracias que el historiador Yuval Noah Harari dice sin eufemismos que la democracia no sobrevivirá como la conocemos: o se reinventa a sí misma

con éxito o terminaremos viviendo en «dictaduras digitales» (Harari, 2018).

Pero el debate público no se degrada solo en las redes sociales sino principalmente en torno a los políticos, quienes —según todos los rankings internacionales que miden los índices de aprobación de la democracia y de los partidos políticos— siguen perdiendo credibilidad. Ya en 2007 el teórico de la comunicación Niklas Luhmann advertía sobre la pérdida de aprobación y credibilidad del sistema político en su conjunto.

A la persistente reproducción de lo que es se le opondrá lo que «debería ser». La contraposición institucional de los partidos (que se supone es lo más representativo de la política, en el sentido de la posibilidad de alternancia entre gobierno y oposición) aparece tan drásticamente deficitaria en su responsabilidad política, que siempre hay que conminarla: la clase política (como se dice actualmente para desvalorarla) no está a la altura de las necesidades de los tiempos. La compulsión del lograr siempre más, del dinero, del hacer carrera, de la reputación, de las cuotas de excelencia, de las capacitaciones altamente valoradas, aparece de manera tan dominante que, como sucede en la evolución, el factor recesivo del sentido de la vida tiene que ser traído en cuenta por la moral. Y esto aunque se puedan compensar los déficits de la realidad, mediante imaginación y no solo por medio de lo normativo. Cuando un tema se moraliza da la impresión de que lo necesitaba: la realidad real es de otra manera (Luhmann, 2007).

Esta diferencia moral entre el deber ser y el desempeño de la clase política trae una nueva generación de *outsiders* y

populistas que prometen cambiar la disciplina por completo, pero nuevamente fracasan a los ojos de la ciudadanía, perpetuando el círculo de la evaluación deficitaria y reforzando una característica central de la discusión política actual, que es la conformación identitaria como diferencia ante quien ostenta el poder.

Más de una década después del análisis de Luhmann y según una investigación de Ipsos (2018), 57 % de las personas asume que se siente más en la política y los medios hoy que hace 30 años.² La política, los políticos y los sistemas partidarios mundiales se encuentran ya no solo desprestigiados, sino interpelados por actores internos y externos que sacan rédito de esta realidad. En la misma investigación se muestra que 65 % de las personas vive en una burbuja en internet, pero solo 34 % lo reconoce.³ El filtro burbuja es un concepto trabajado por Eli Pariser que retoma una vieja noción de la psicología: los sesgos cognitivos. «Una vez que hemos adquirido esquemas, estamos predispuestos a reforzarlos. Los investigadores de la psique llaman a esto *sesgo de confirmación*, una tendencia a creer cosas que refuerzan nuestros puntos de vista ya existentes: vemos lo que queremos ver» (Pariser, 2017). La psicología cognitiva aporta un concepto del funcionamiento gregario: nos sentimos más cómodos rodeados de personas que piensan lo mismo que nosotros y esa comodidad estructura nuestras comunidades, nuestros esquemas. Este sesgo de confirmación se transforma y se potencia en el filtro burbuja de la red y es el caldo de cultivo de la división, la crispación y el enfrentamiento político. Aquellos ciudadanos política y digitalmente activos se van congregando alrededor

2 Ipsos (2018): www.ipsos.com/es-ar/fake-news-y-burbujas-de-informacion.

3 Ídem.

de las posiciones que los reconfortan, dejando poco espacio al disenso constructivo e influyendo definitivamente en los procesos de polarización de las sociedades.

Con esta primera aproximación a las luchas diarias con las que nos cruzamos en nuestras pantallas no basta para entender el mundo actual. Mientras transnacionales de la comunicación y los datos marcan las nuevas reglas de intercambio en sociedad, los estados luchan por sus propios intereses, pujan por un espacio en la agenda global y atienden las demandas de sus frentes internos, mientras sus ciudadanos forjan expectativas a partir de lo que consumen del mundo.

Una lucha global

Un ejemplo de esta tensión entre accionar político nacional y expectativas ciudadanas moldeadas con base en el consumo mediático global es el abordaje político, comunicacional y sanitario de la pandemia de COVID-19 que vive el mundo desde noviembre de 2019. Con gran parte de la población mundial confinada durante varios meses de 2020 y 2021, la atención comunicacional se ve inundada por la cobertura en tiempo real del avance de la pandemia en todos y cada uno de los territorios del mundo. Cantidad de casos, muertes, ocupación de camas de cuidados intensivos, curvas de crecimiento, índices de positividad, grados de confinamiento, toques de queda, vigilancia epidemiológica, vigilancia civil, cantidad de ciudadanos vacunados y nuevas cepas son solo algunos de los conceptos que se han vuelto corrientes en los últimos meses y que conforman gran parte de la agenda mediática durante la pandemia.

A la crisis sanitaria le sigue una crisis económica y social. Con todo esto, las capacidades estatales se ponen a prueba en cualquier país del mundo, pero sobre todo se ponen a prueba las habilidades de los políticos que deciden sobre ellas. La necesidad de estados fuertes es mucho más aceptada en diversas visiones ideológicas, pero esos mismos estados se ven más interpelados que nunca en su capacidad de gestión política, social, económica y, por supuesto, sanitaria, en parte como efecto de la sobreexposición a información relacionada al virus. Ciudadanos hiperestimulados, que acceden a la información del desenlace de la enfermedad en distintos lugares del mundo, desarrollan sus exigencias al poder local con base en una combinación novedosa de acumulación de experiencias personales y colectivas con el pseudoconocimiento de las experiencias «exitosas» que desarrollan otros —siempre otros— alrededor del mundo. Así, el poder político se ve desafiado por su accionar concreto, pero también por la contraposición que se genera en la opinión pública de esa acción con la de países de la región y del mundo. Mientras la enfermedad y su tratamiento solo pueden tener una atención local, las soluciones políticas y comunicacionales que conforman las exigencias de la ciudadanía provienen de los lugares más remotos del mundo, a los que llegamos a través de nuestras pantallas. Vivimos en un solo acontecimiento todas las consecuencias de la globalización acumuladas, y esto se traduce principalmente en exigencias locales.

Este estado de ánimo general instalado por la pandemia y las exigencias ciudadanas de soluciones sanitarias, sociales y económicas se suman a las realidades regionales y locales de un mundo que ya acumulaba, en los últimos años, un fuerte descreimiento en la clase política y —lo que es más preocupante— en la democracia como sistema de organización de las sociedades.

Luchas nacionales

América Latina vive en un conflicto institucional casi permanente que tiene expresiones diversas en países como Colombia, Brasil, Paraguay, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, Cuba, Nicaragua o Guatemala. Los gobiernos ostentan una bajísima credibilidad y la ciudadanía está dispuesta a tomar las calles cada vez que sea necesario para hacer valer sus exigencias, aunque esta crisis se perpetúa en el tiempo más allá de los cambios repentinos o programados de partidos políticos en el poder. El continente más desigual del mundo tiene hoy el desafío de repensar sus estructuras democráticas para que la política pueda acompañar esta época de fuertes y diversos reclamos ciudadanos.

La democracia en Europa vive, por su parte, sus propios conflictos, representados principalmente en un desafío político de conformación nacional e identidad. Las fronteras mundiales se desdibujan y los habitantes de los países prósperos son más diversos que nunca; así, los sistemas que organizan a las sociedades son interpelados y las soluciones a las crisis ya no se conforman con respuestas simples, sino que requieren entender la migración, la multiculturalidad y los desafíos de la convivencia territorial en la diversidad. Redefinición democrática, auge de los populismos y crispación política que nace de la ultraderecha y del renacimiento de nacionalismos marcados en una región políticamente estructurada alrededor de un proyecto común. Con el Reino Unido en retirada, la división se acelera y los acuerdos se hacen más complejos. Conflicto identitario por la recurrente pregunta de qué es la Unión Europea y para qué sirve, pero también por la conformación multicultural de sus sociedades y los desafíos que esto genera para los estados y los gobiernos. El continente

próspero ha convocado migración masiva de diferentes regiones del mundo y ahora las democracias parecen no contener reglas suficientes o claras como para abordar los problemas de convivencia que esto genera. Como dice el filósofo alemán Peter Sloterdijk, «las naciones occidentales se encuentran en medio de turbulencias de reformas legales y políticas. Las confusiones difíciles de aclarar ofuscan la discusión pública; la crisis de las afiliaciones todavía no alcanzó su punto máximo; la discusión sobre el ajuste de las fronteras nacionales entre los polos de apertura e impermeabilidad adopta formas cada vez más violentas» (Sloterdijk, 2020). Europa se enfrenta a su crisis sanitaria y de manejo de la inmigración, temáticas que proyectan los discursos nacionalistas, separatistas y xenófobos. La ultraderecha se alimenta de todo esto gritando cada vez más fuerte discursos que hace unos años hubieran sido impensables para democracias afianzadas como las del viejo continente.

Por su parte, Estados Unidos vive un conflicto institucional sin precedentes, que estalló en 2016 con la victoria de Donald Trump, pero que sigue escribiendo capítulos sorprendentes casi a diario, derivados de cuatro años de administración excéntrica del empresario que cuestionan, interpelan y degradan no solo las normas de la democracia, sino también las reglas básicas de interacción política y respeto por las discrepancias.

En *Cómo mueren las democracias* (2018), Levitsky y Ziblatt estudian la historia de la degradación sistemática de la democracia estadounidense, de la que responsabilizan no solo a los republicanos, sino también a los demócratas, y advierten sobre la necesidad de grados de contención para que la democracia siga siendo un juego al que todos queramos seguir jugando indefinidamente:

Para garantizar futuras partidas, los jugadores deben contenerse tanto de incapacitar al otro equipo como de enfrentarse a este en tal medida que el rival se niegue a volver a jugar mañana. Si los adversarios de uno abandonan, no habrá más partidas. Y eso implica que, aunque las personas jueguen para ganar, deben hacerlo con cierto grado de contención (Levitsky y Ziblatt, 2018).

Con el período de Trump terminado y en pleno auge de su show de cuestionamiento al sistema electoral, las características que hacían peligrosos a personajes como él se han potenciado: las teorías conspirativas han llegado y sobrevivido en lo más alto del poder mundial, se ha involucionado en materia migratoria, de derechos humanos, de medioambiente, se ha cuestionado a la ciencia y a instituciones globales como la Organización Mundial de la Salud en medio de una pandemia y se han roto todos los puentes de conexión e intercambio democrático. Todo eso en el país más poderoso del mundo, a los ojos de la humanidad y con un sistema mediático incapaz de encontrar la forma de no ser funcional a los discursos de odio sin socavar la libertad de expresión.

Si bien la victoria de Joe Biden y sus primeros meses en el poder representan una sensación de esperanza para los defensores de la democracia, los últimos días de Trump en el poder y los acontecimientos que se vieron en lugares como el Capitolio configuran una realidad que, lejos de terminarse, está empezando a reescribirse a partir del reordenamiento partidario del sistema político estadounidense.

El problema ahora no es solamente Estados Unidos, sino las barreras de lo políticamente aceptable que se corrieron, las leyes no escritas que se violaron, los procedimientos que se instalaron y la posibilidad de que este sea un modelo replicable

a lo largo y ancho del planeta, incluso en países con sistemas de contrapeso y control mucho más débiles.

China y Rusia no tienen los problemas de la crispación en el espectro político porque sus regímenes están diseñados como para directamente anular las discrepancias, sacando del debate a todo aquel que disienta con el mensaje oficial. Un ejemplo de ello es el encarcelamiento de Alexéi Navalni, condenado a tres años y medio de prisión, en una sentencia sobre la que la Corte Europea de Derechos Humanos concluía que el político opositor ruso debía quedar en libertad porque su vida corría riesgo. Tampoco tienen el problema de la degradación democrática, porque o no son democracias o están diseñadas para servir a las estructuras dominantes y desalientan o directamente prohíben la alternancia en el poder. Los ciudadanos de China y Rusia, junto con los de otros países autoritarios, son de los más vigilados del mundo con sistemas de interacción digital omnipresentes y funcionales al tipo de sociedades que prefieren sus gobernantes.

No obstante, todo esto no impide su creciente influencia en la política mundial, sino que más bien lo potencia. Mientras cuentan con realidades políticas locales más controladas, se pueden dedicar a mejorar sus posiciones geopolíticas ante la crisis de Occidente y sus sistemas democráticos. Rusia lo comprobó a partir de una serie de acciones de sus aparatos de inteligencia para influir en las elecciones estadounidenses de 2016. China lo demuestra constantemente, desde su capacidad para salir de la crisis generada por la pandemia hasta su potencial en la promoción de inversiones a lo largo y ancho del planeta. Solo entre 2000 y 2017, China ha invertido más de 270.000 millones de dólares en construcción de megaproyectos en todos los continentes. Si Estados Unidos es un imperio en retirada y Europa vive una crisis identitaria, China es el

imperio en ascenso y Rusia vuelve a tener un peso estratégico atendible en el devenir de la humanidad.

Este libro intenta comprender el presente para encarar el futuro. Los cambios en las dinámicas de vinculación social, el rol de los medios en la interacción política, la polarización como verdad irrefutable e incambiable dejan a las fuerzas políticas democráticas y a los ciudadanos comprometidos en espacios de decretada inacción propositiva.

Los proyectos políticos exitosos se articulan desde la reacción, el contraste y la denuncia de todos los males del *establishment*. Candidatos excéntricos, partidos extremistas, posiciones que están más allá de todo lo políticamente aceptado (y aceptable) son parte de las mágicas soluciones a las que la democracia no ha podido responder. Propuestas sencillas a problemas complejos son atajos emocionales a los que las sociedades se aferran con tal de disipar aunque sea un poco la incertidumbre de una época que da miedo.

La extrema derecha es hoy la contracultura. Son quienes se animan a correr las barreras, a desafiar las reglas. Espectacularizan el discurso con la garantía de que los medios, así como todo el arco político, los harán protagonistas, tanto por lo estridente de sus declaraciones como por el laberinto discursivo al que llevan a las fuerzas democráticas, que, ante la ausencia de una estrategia discursiva propia, se vuelven reactivas y repetitivas. Esta consecución de provocaciones públicas a todo lo políticamente aceptable es la base político-narrativa de los proyectos autoritarios en todo el mundo. Claman contra el sistema llevando al extremo prácticas que el propio sistema generó, como los ejercicios de control sobre gobernantes o partidos políticos.

Así, las fuerzas democráticas quedan reducidas a su capacidad reactiva, sin un sueño estructurador que ofrezca

una visión apetecible del futuro. No lo tienen y si lo tienen no consiguen comunicarlo de manera atractiva para que se inserte en la agenda pública con la potencia de sus adversarios. La administración del disenso las ocupa y las distrae: son respuestas complejas y poco atractivas a discursos reduccionistas, pero convocantes.

La izquierda, por su lado, ya no es tendencia, no es contracultura ni desafío al sistema. Estos discursos están articulados alrededor de la ultraderecha y sus ideólogos. La derecha responsable ve con la misma perplejidad y miedo cómo entre sus votantes es cada vez más potente el discurso nostálgico, nacionalista y autoritario. Acercarse al extremo e incluso pactar con esta parte de los partidos que se ubica más a la derecha resulta más fácil que encontrar una alternativa responsable, pero sobre todo atractiva, que les devuelva la atención de la ciudadanía y caudal electoral. Unos y otros ven condicionado su accionar a la aparición de partidos y candidatos sobredimensionados en la esfera pública, que concentran el discurso y esperan la reacción.

¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Qué podemos aprender de lo sucedido? ¿Hay espacio para insertarse en la agenda sin caer en la reacción o el extremismo? ¿Cómo ser optimistas en un mundo de incertidumbre? Estas son algunas preguntas que pretende explorar el texto (creer que podemos responderlas por completo es ingenuo). Con aportes de diversos autores de los campos atravesados, como la ciencia política, las ciencias de la comunicación, las tecnologías de la información, la economía, la historia y también la filosofía, son preguntas que requieren todos los abordajes posibles y respuestas que deben tomarse simplemente como un camino o una aproximación probable.

El desafío principal del texto es encontrar, junto con el lector, un diagnóstico de la democracia contemporánea y reivindicar tanto la comunicación política como herramienta de diálogo como la política en tanto actividad transformadora de la realidad. Para ello debemos concebir la comunicación como un área inherente a la gestión y alejada del marketing político. Trascender el reactivo implica entender que para entablar diálogos se requieren sueños de futuro abiertos y complejos, pero también ir más allá de las fórmulas prescritas que nos llevan a responder, reaccionar e indignarnos, con la consecuencia de imitar formas (a veces muy nocivas para la convivencia) y asumir que no hay alternativas.

El recorrido del libro aborda primero la configuración mediática para entender el nuevo mapa, los nuevos referentes y la modificación de los niveles de confianza en las diferentes instituciones de la sociedad. A partir de ello se pueden entender mejor las maneras de construcción de identidad política y la influencia que tiene en las conversaciones la construcción identitaria por contraste, que es parte de una polarización sobrediagnosticada e inmovilizante.

La verdad y la posverdad forman parte del tercer capítulo, con un recorrido histórico que aborda tanto la milenaria manipulación de la información y su funcionalidad para la política como su modificación a raíz de los comportamientos algorítmicos. Esa posverdad que es fundamento de las estrategias discursivas que apuntan a la concentración y la acaparación de la agenda a través de la provocación es analizada en el cuarto capítulo, que también estudia temáticas como la hiperpersonalización de la política y el cambio ideológico que representa la mudanza del discurso contrahegemónico de la izquierda hacia la ultraderecha.

Los discursos que se sitúan en los márgenes condicionan los espacios ideológicos a los que pertenecen, pero también a sus adversarios. Es así que el auge de los populismos ha generado un desconcierto programático en las fuerzas políticas situadas más al centro, corriéndolas no solo de la centralidad mediática, sino también de la audacia programática o discursiva.

Todo lo anterior tiene alternativas y están allí. Coexisten en la democracia y a veces no las vemos. A partir del sexto capítulo el lector podrá encontrar causas, movimientos y discursos que hoy entienden el tablero político-mediático y logran tanto imponerse en el escenario público como influir en la toma de decisiones, muchas veces trascendiendo o empujando a los aparatos partidarios.

El tramo final del libro estudia también la pandemia de COVID-19 como mojón ineludible para leer la política a futuro y se plantea cuáles son los impulsos transformadores que existían desde antes y cuáles surgen producto de estos meses de crisis sanitaria, social y económica a escala mundial. La distopía dentro y fuera de la ficción, los terrenos de la utopía y la reconfiguración de los sueños de mañana son elementos que debe tomar la comunicación política para narrarse a sí misma y concitar la atención de una ciudadanía hiperestimulada por productos comunicacionales de la más diversa índole. Sobre este desafío versa el final del libro. Cómo haremos para retomar la esperanza en la práctica, pero sobre todo en la elaboración de discursos y proyectos convocantes que complejicen, sí, la democracia, pero también que la refresquen.

1. CONVERSACIÓN, MEDIOS Y AGENDA

Vivimos una época de hiperestimulación informativa que nos lleva a enterarnos de todo sin saber de nada. Una concatenación de acontecimientos, más cercanos o más lejanos, llena nuestras pantallas, nuestros audífonos, nuestros muros. Nos informamos (¿nos informamos?), nos indignamos, nos organizamos, protestamos, denunciemos. Nos olvidamos.

El amplísimo espectro de temáticas de agenda al que estamos expuestos nos hace ciudadanos enormemente más conectados que los de hace tan solo un par de décadas. Accedemos a un caudal de información mucho mayor al que podemos incorporar, ni hablemos de entender. Esta hiperestimulación hace que nuestros umbrales de atención sean cortos, muy cortos. Entonces el proceso de aprehensión de información, aquella que deberíamos convertir en conocimiento, es más rápido, más vago, menos profundo. Las temáticas más preocupantes, las manifestaciones más importantes, los debates más hondos para la sociedad moderna deben poder explicarse en un tuit o en tres palabras.

Para poner las cosas aún mejor, los algoritmos de las redes que median nuestro acceso a la información nos brindan un menú acotado de temas que se va cerrando cada vez

que elegimos hacer o no hacer clic en el link a la noticia que compartió ese contacto al que tanto stalkeamos. Vivimos una ilusión de hiperconexión que se da de bruces con la realidad de encierro en comunidades, en burbujas, en audiencias en las que se premia el aplauso y se censura el disenso.

Esta descripción apurada y seguramente incompleta del mecanismo mediático por el cual accedemos a la información es el punto de partida sobre el que desarrollamos la discusión de las temáticas políticas más importantes para los países y el mundo. Esta charla de bar amplificadas, en la que las distorsiones de la realidad operan casi sin que podamos enterarnos, modela de manera preocupante la forma en la que tanto los ciudadanos como los medios y los políticos discutimos sobre los temas más importantes para la sociedad. La forma de consumo mediático transforma la personalidad de nuestros niños, su umbral de frustración, su capacidad de atención, su paciencia. Esto es un problema de los padres de hoy y de las sociedades de mañana.

En las sociedades de hoy, tanto en la política como en los medios, los analistas ya convivimos con una simplificación de las discusiones a largo plazo que nos amenaza. Las democracias se nutren de las discusiones, de los disensos y finalmente de los acuerdos a los que se pueda llegar. La complejidad informativa del mundo nos hace ciudadanos menos reflexivos, más impulsivos, menos tolerantes. Temáticas como la política, la educación o la violencia no pueden buscar respuestas de la misma manera en la que recorremos un *feed* de Twitter o deslizamos *stories* de Instagram.

El consumo mediático, o su desarrollo actual, no debe instalar formas en la discusión política.

La comunidad encuentra en los espacios de interacción oportunidades para insertar en la agenda temáticas que son

distintas a las del sistema político. Pero en la oportunidad está la amenaza. Si todo lo discutimos, no hay tiempo para el análisis. Si las formas que encuentran las comunidades de influir en la agenda política son maximizadas, la hiperestimulación las lleva al olvido. Si las promovemos sin apelar a una lectura crítica, el sistema habrá logrado que esa temática antes olvidada por las estructuras hoy sea ignorada por desborde. Saturación mata atención. Accedemos a un espectro mediático impensado, audiencias inalcanzables, pero con una dinámica que hace todo olvidable.

Evolución del sistema mediático

La web indudablemente transformó gran parte de nuestros hábitos de acceso a la información y el entretenimiento y, con ellos, toda la estructura de medios de comunicación a los que accedemos para informarnos, entretenernos y —lo que representa el mayor cambio— comunicarnos horizontalmente.

El sistema de medios del siglo XX ponía en un lugar preponderante de la relación al emisor sobre los receptores. La emisión unidireccional y concentrada contrastaba con la recepción masiva y principalmente pasiva de medios como la prensa escrita, la radio, el cine y la televisión. Los métodos de comunicación entre personas (de carácter más horizontal) estaban diferenciados fuertemente de la comunicación masiva y formaban parte de prácticas privadas, como el correo postal, el telégrafo y posteriormente el teléfono. Eran prácticas distintas y diferentes industrias las que se encargaban de la estructura que sustentaba cada una de las dos: la comunicación privada entre ciudadanos y la comunicación pública en los medios masivos. En la era de la convergencia, los medios se nutren de

los ciudadanos, que están acostumbrados a participar en los procesos comunicativos siendo emisores, propulsores y hasta denunciadores del sistema mediático y su relación con el poder.

Así, pasamos de un modelo de emisión con el poder concentrado en relativamente pocos medios a un modelo de descentralización de la emisión con miles de millones de potenciales creadores de contenido que se distribuye, desde teléfonos inteligentes, a través de las redes y los nuevos medios. De la puja por el establecimiento de agenda entre los poderes político, mediático y económico, que muchas veces se correspondían con las élites, pasamos a una puja que también incluye a ciudadanos digitales con aptitudes suficientes como para desafiar y cuestionar el tipo de contenidos que emiten o dejan de emitir estos emisores históricamente concentrados.

Con distintos grados de optimismo, esperanza o sentimiento amenazante, todos aceptamos que estamos ante un cambio de época en torno a la comunicación que puede entenderse como una mutación del paradigma, de modelo y de prácticas. Al igual que todos los nuevos medios que emergieron en la historia (pasó con la radio, con el cine y con la televisión), la consolidación de internet como medio por el cual se transmiten los más diversos contenidos —incluidas distintas variantes de todos los medios tradicionales tal y como los conocíamos hasta finales del siglo pasado— ha merecido estudios, análisis, prospecciones, investigaciones. «Es la muerte de los medios como los conocíamos» o «un solo medio que trasciende, pero también en el que convergen todos los demás» son algunas de las opiniones que estamos acostumbrados a leer o escuchar. Tecnofilia y tecnofobia en su máxima expresión.

De lo que no caben dudas es del gigantesco cambio que hemos experimentado en torno a las prácticas cotidianas de acceso e intercambio de información. Según un estudio

de la agencia especializada en comunicación digital We Are Social,⁴ en 2021 más de 4.600 millones de personas acceden a internet en todo el mundo, 316 millones más que en 2020. Esto quiere decir que alrededor de 60 % de la población mundial se encuentra en internet y más de la mitad de los habitantes del planeta (4.200 millones) ya usa por lo menos una red social, mientras 5.200 millones de personas (dos tercios de la población mundial) cuentan con un teléfono inteligente. 2020 fue un año que cambió las tendencias del consumo de medios tal y como se verificaron año a año por décadas. Como consecuencia de los confinamientos masivos en distintos países del planeta, las audiencias de televisión, radio e incluso las suscripciones a medios de prensa escrita (en su versión en línea) tuvieron un repunte histórico y llegaron a niveles de consumo que hace años no alcanzaban. La investigación del Instituto Reuters y la Universidad de Oxford «Navegando la infodemia», realizada en seis países de distintas regiones del mundo, describe que la televisión y los medios digitales fueron las formas más populares de acceso a las noticias durante los primeros meses de la pandemia. Esto muestra que el aumento del consumo de medios tradicionales no se da en detrimento de los contenidos en línea, sino por un aumento generalizado de los hábitos de consumo de información y entretenimiento. Es así que también se dispararon el uso de redes sociales, los números de descargas y visualizaciones en las plataformas de video, las redes de videojuegos y el *streaming* de contenidos. Redes sociales como TikTok y plataformas de transmisión en vivo como Twitch crecieron de manera exponencial en 2020 y 2021, trascendiendo incluso las audiencias y los usos iniciales. También crecieron las plataformas y los usos del audio, con un

4 Digital 2021 Global Overview Report (enero de 2021).

fuerte aumento de los *podcasts* y la aparición de redes sociales dedicadas al audio «en vivo», como Clubhouse o funcionalidades similares en redes ya conocidas, como Spaces en Twitter y las salas de audio de Facebook. La pandemia confirma la tendencia de crecimiento estructural de los contenidos digitales, pero representa también un repunte de las audiencias de los medios tradicionales.

Estos datos no confirman ni descartan ninguna tendencia de manera contundente, pero nos muestran cuán complejo es el entramado mediático con el que conviven los ciudadanos, que se ven cada vez más incentivados a consumir todo tipo de contenidos. Esta hiperestimulación plantea desafíos —inconscientes para la mayor parte de la población— de atención y aprehensión de toda aquella información a la que se encuentran expuestos.

La pandemia aumenta la sensación de incertidumbre y también aparecen mecanismos de desinformación asociados a los temas preponderantes de conversación pública. Pero además, tiene un efecto inesperado y es que crece la presión sobre plataformas y redes en torno a la desinformación. Esto, en algunos casos, los lleva a estar más activos (podemos creerles o no, se han ganado nuestra desconfianza) en los controles de contenidos, llegando incluso a suspender alguna de las cuentas más polémicas del mundo, como la del expresidente estadounidense Donald Trump. Todo esto nos debe interpelar sobre las habilidades digitales de la población y la imperiosa necesidad de apelar a profundizar la alfabetización en la materia. Solo con usuarios más conocedores del ambiente se podrá exigir ambientes menos tóxicos para la conversación.

Para sacar conclusiones sobre el impacto de la pandemia en los hábitos mediáticos del público habrá que estudiar esto luego de que haya pasado su impacto en la vida social de

todo el planeta y que la llamada «nueva normalidad» se vaya acercando a la normalidad a secas. Mientras tanto, debemos asumir para el análisis que las tendencias presentadas como un futuro certero y absoluto no son suficientes para entender el universo informativo en el que estamos inmersos. La incertidumbre aplica también para las tendencias absolutistas.

Caída de la confianza en los medios

Los medios han ido perdiendo credibilidad a lo largo de los últimos años. Tal y como se comprueba en el Digital Report 2020, también del Instituto Reuters y la Universidad de Oxford, solo 38 % de las personas dice confiar en la mayoría de las noticias la mayor parte del tiempo, cuatro puntos porcentuales menos que en 2019, mientras que 46 % de los encuestados dijo confiar en las noticias que consume. La creciente polarización discursiva, la utilización de diversas interpretaciones de la realidad presentadas como noticias objetivas, la desinformación y el escenario mundial de incertidumbre generan más desconfianza en las estructuras conocidas como el periodismo o la política y en sistemas de gobierno como la democracia. Además, el sistema mediático actual tiene una fragmentación tanto en la oferta como en la demanda de información nunca antes vista. Desde la consolidación de la televisión por cable en los hogares del mundo hasta la conformación algorítmica del acceso a la información a través de internet y las redes sociales, los espectadores se han ido acostumbrando a una amplia gama de contenidos que se muestra diversa, pero que en su diversidad esconde una trampa: en la saturación de opciones, nos quedamos con aquellas que se acercan o adaptan a nuestros intereses previos. Como está planteado en el prólogo, las redes sociales tienen un diseño

algorítmico que, desde la huella digital que vamos dejando, nos ofrece contenidos con los que previamente estamos de acuerdo o nos hacen sentir más cómodos, acotando nuestra capacidad de acceso a la información divergente y confirmando nuestros sesgos cognitivos, en lo que se conoce como el ya descrito filtro burbuja o cámara de eco. Esta estructuración de contenidos que busca adelantarse a nuestra intención proponiéndonos con base en algoritmos una serie de videos, fotos, historias o textos no nace con el objetivo de incidir en nuestra conducta informativa, pero tiene consecuencias sobre ella. Las redes sociales conforman su negocio alrededor de los datos para poder venderles a los anunciantes (y a cualquier postor) el perfil más detallado posible de todos y cada uno de sus usuarios y poner en marcha lo que se denomina *microsegmentación*.

Los datos son huellas digitales que dejamos tanto en nuestro uso activo del celular y las redes como en el uso pasivo: cada foto posteada de una mascota le da datos a la red y cada vez que alguien sale a correr, sin hacer más que elegir la música, también le dice a su celular a qué hora salió, qué recorrido hizo, a qué velocidad se desplazó y si prefiere parar para responder mensajes o los contesta todos al final. Cada vez que aceptamos términos y condiciones de la mayoría de las aplicaciones que utilizamos estamos autorizando a que accedan a una serie de datos mucho más amplios y sensibles que lo que imaginamos. Es así que los algoritmos de cada una de las redes o plataformas nos conocen incluso más que nosotros mismos. El acceso a datos sensibles de la vida privada de las personas representa uno de los cambios paradigmáticos más importantes en la creación y la emisión de contenidos, lo que ha representado un enorme desafío ético y legal para estados, plataformas, anunciantes y partidos políticos. De la esperanza de democratización del discurso a la creación

algorítmica de contenidos, las plataformas han vivido y pasado del éxtasis del conocimiento de las necesidades de sus usuarios a las investigaciones judiciales que las enfrentan a la corresponsabilidad en la manipulación de información para incidir en el resultado de elecciones a lo largo y ancho del planeta.

Para ver la evolución del rol que se les asigna a los datos por parte de unos y a la privacidad por parte de otros alcanza con atender al conflicto generado entre Apple y Facebook por las políticas de privacidad que la marca de la manzana impuso en su nuevo sistema operativo, que no solo ofrecen la posibilidad de que el usuario elija (activamente y más allá de los términos y las condiciones internas) a través de la función «Transparencia de seguimiento de aplicaciones» qué aplicaciones lo pueden rastrear, sino que edificó alrededor de ello una nueva postura de marca que busca posicionarse como sensible al reclamo de mayor protección de los datos personales de los dueños de teléfonos iPhone. Esto supone una amenaza para Facebook y sus distintas plataformas, ya que su oferta publicitaria está diseñada alrededor de los datos a los que acceden a través del rastreo de los teléfonos móviles (con las aplicaciones abiertas o cerradas).

Es que la experiencia de consumo algorítmico tiene consecuencias sobre una cantidad inmensa de ámbitos de la vida cotidiana. En el caso del acceso a la información y el entretenimiento moldea no solo las conductas de los usuarios, sino también todo el diseño y la producción de contenidos por parte del conglomerado mediático mundial. Ya sean medios tradicionales con decenas de años de historia o plataformas tecnológicas que surgen y explotan en el mercado en uno o dos años, todos se ven condicionados por el contexto y las conductas de las audiencias por las que compiten.

Los datos que obtienen las plataformas acerca de los usuarios y su comportamiento se suman a las investigaciones tradicionales que forman parte del marketing o de la investigación social destinada a la toma de decisiones en la política. Así, ciudadanos y consumidores son conocidos al detalle y están expuestos a un torrente de contenidos diseñados para ellos. Es tal la magnitud de contenidos que se producen para impactar en un solo individuo, que se activa un mecanismo que podríamos definir como de censura por exceso, un hábito de preservación de la atención que nos hace eludir todo aquello que no sea estrictamente atractivo. Solo en 2020 pasamos como humanidad un total de 1.250 millones de años utilizando internet (We Are Social, 2020).

Agenda y transferencia de relevancia

En ese escenario mediático en constante puja por la atención de ciudadanos es que tiene lugar la lucha por la inserción de diversas temáticas en la agenda pública de los diferentes países del mundo y también en la agenda global. Esas son las arenas movedizas sobre las que se mueve el campo de la comunicación cada vez que alguien quiere influir o insertar una temática para su discusión en la sociedad. Hay medios nacionales e internacionales que influyen de manera destacada en la diagramación de las agendas mediáticas globales o nacionales y hay una serie de actores externos a los medios que cuentan con espacios no mediados (tienen comunicación directa con usuarios y ciudadanos) y buscan influir de la misma manera en la conversación pública.

Según la teoría de *agenda setting*, la conformación de la agenda de los medios se da a partir de tres elementos, entre los

que se encuentran las «normas y tradiciones del periodismo» (McCombs, 2006). Es así que los medios internacionales articulan «su agenda» a partir de la establecida en otros medios de prestigio local o mundial. McCombs (2006) aborda el tema de la transferencia de agenda desde medios «de élite» hacia medios locales para explicar la influencia que los grandes medios tienen sobre el resto:

Los medios informativos de élite ejercen frecuentemente una influencia sustancial sobre la agenda de los otros medios informativos. [...] El sociólogo Warren Breed conceptualizó la difusión de una noticia a partir de un medio informativo clave a una multitud de otros medios como una influencia dendrítica. Al igual que en un árbol genealógico este flujo arterial va de un progenitor a una multitud de descendientes. Muchas veces estos retoños periodísticos son absolutos clones (McCombs, 2006).

Este planteo teórico de McCombs en la era de las redes parece contraintuitivo. Luego de décadas de empoderamiento ciudadano gracias al cual los usuarios utilizan su capacidad de emisión para influir en la agenda pública, parece poco actual que haya medios que ejerzan la «transferencia» de manera determinante en la conformación de la agenda pública. Pero por más que los ciudadanos hoy puedan establecer una relación más horizontal a través de las redes y plataformas de comunicación, sigue existiendo una fuerte influencia de los medios tradicionales en la conformación de las diversas agendas informativas de los países. Aun aquellas iniciativas o temáticas alternativas que son impulsadas por la sociedad civil organizada necesitan la validación de los medios tradicionales para trasladarse de manera influyente a la conversación

pública nacional o internacional, y eso se vuelve a transferir a las redes sociales e incluso dinamiza su difusión dentro y fuera del universo digital.

Esto se da porque los medios de comunicación masiva (como se los conoció históricamente) siguen siendo grandes focos nodales dentro de las redes y congregan a grandes comunidades en la audiencia digital.

Los medios informativos establecen la agenda del público. Ese establecimiento de la relevancia entre el público, situando un tema en su repertorio de manera que se vuelva el foco de su atención y de su pensamiento —y, tal vez, de su acción—, constituye el nivel inicial en la formación de la opinión pública (McCombs, 2006).

Los estudios de *agenda setting* se basan en la recepción que hacen los ciudadanos de los temas que plantean los medios y en las coincidencias o diferencias que tienen en sus conversaciones día a día. Se trata de una comprobación de la influencia de los medios en los diálogos cotidianos de la ciudadanía. La transferencia temática es hoy mucho más compleja que cuando McCombs elaboró la teoría e incluye transferencias cruzadas desde la ciudadanía a los medios a través de las redes y de los medios «de élite» al resto del sistema mediático mundial.

Estas agendas incluso quedan sectorizadas y amplifican diversos aspectos de la realidad, según el espacio político cultural en el que se encuentre tanto el medio como el usuario que las crea o las consume. El efecto de la polarización en las sociedades tiene en los medios tradicionales, las redes sociales (con su funcionamiento segmentado) y los políticos extremistas a sus máximos propulsores. Cada uno de ellos

cuenta con parte de responsabilidad y tiene razones distintas para, explícita o implícitamente, promover la polarización.

Otro de los efectos de la hiperestimulación mediática tiene que ver con lo efímeros que resultan los eventos noticiosos. Tanto la puja por la influencia en la conversación pública como el tono de denuncia constante y la propia estructuración de los modelos de negocio de los medios hacen que las temáticas informativas desfilen por los titulares con tiempos de exposición, desarrollo y sobre todo comprensión por parte de los espectadores muy cortos. Los umbrales de atención han variado mucho con respecto al pasado y los individuos no están dispuestos a dedicar demasiado tiempo a temáticas que no les interesan o que les resultan complejas de comprender. Esto determina una lucha por esa atención efímera que traslada a los medios tradicionales la lógica de conformación de titulares atractivos y estridentes establecida por los medios digitales en la era de las redes y conocida como *clickbait*.⁵

Tanto la gran presión informativa como las características algorítmicas de acceso a la información y la puja por una agenda dinámica y efímera tienen influencia sobre la conformación de los distintos discursos políticos. El espacio discursivo privilegia las estridencias, la polarización y las discusiones por sobre el consenso o la argumentación fundada y serena. La conversación se reproduce en las burbujas, lo que fomenta la interacción con los propios y la denuncia de las disidencias y marca una forma

5 El *clickbait*, también conocido, en español, como ciberanzuelo, es una técnica que se nutre de titulares sensacionalistas para atraer la atención del público sobre un determinado contenido. Generalmente estos titulares están colocados en posteos de las redes sociales o publicidades en portales y tienen como objetivo engrosar las estadísticas de tráfico hacia las páginas que los promueven. Su uso generalizado ha influido —también— en la conformación de los titulares de notas en medios tradicionales.

de construcción de identidad política-argumental que funciona tal y como el sistema lo demanda.

Para este tipo de conformación de identidades políticas, así como para su traducción discursiva, es necesario marcar las diferencias, pero sobre todo denunciar lo enormemente deficitario que es el adversario en su accionar político. Esto privilegia los discursos de confrontación y promueve un espacio en el que los argumentos que no existen se pueden crear a imagen y semejanza de los públicos a los que se quiere llegar. Así, el campo de la desinformación y la posverdad ingresan en todo tipo de conversaciones que trascienden la política, pero muchas veces nacen de ella. El sistema de acceso a la información, que se conforma de todos los actores descritos hasta ahora, es funcional a una verdad en disputa, cuestión que resulta útil al tipo de proyectos políticos que tienen como objetivo alcanzar el poder o perpetuarse en él y hacen caso omiso de la validez de las herramientas utilizadas para alcanzarlo.